



B897a
M.D. 103
C.2

MATERIAL DE DISCUSION
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 103, Octubre 1987

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

12.630

313.-

AMERICA LATINA ENTRE LA CULTURA AUTO-
RITARIA Y LA CULTURA DEMOCRATICA: LE-
GADOS Y DESAFIOS.

José Joaquín Brunner*

* Investigador y Director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias So-
ciales (FLACSO) en Chile. Ponencia presentada al Tercer Encuentro
en la Democracia; Sevilla, 7 al 10 de octubre, 1987.

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

PROGRAMA DE LA FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)

SECRETARÍA DE LA FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)
CALLE MONTE ALBA 1300, SANTIAGO DE CHILE

Un largo pasado autoritario

La cultura autoritaria tiene raíces profundas en América Latina. Ha sido, en verdad, un rasgo de su peculiar modernidad a lo largo del presente siglo y de su pasado, desde la propia Independencia. No un producto del atraso, por tanto, sino una forma de resolver el problema secular de la legitimidad. Su primera versión, en la fase más temprana de las Repúblicas y en el posterior acceso de éstas a la modernidad, estuvo asociada a la figura del Caudillo.

El caudillismo es el autoritarismo anterior a la burocratización extensiva del Estado, dotado de medios represivos relativamente simples y primitivos, patrimonialista y clientelar, paternalista y carente de proyectos ideológicos en forma. Es el autoritarismo de pueblos todavía semianalfabetos, con oligarquías tradicionales y Ejércitos escasamente profesionalizados, con un peso significativo de la retaguardia rural y con sistemas de comunicación escasamente desarrollados.

Cultura autoritaria, al inicio, de Patriarcas y Supremos, donde el tiempo carecía de tiempo; donde el entorno se hallaba todavía encantado y existía una secreta relación entre la naturaleza, el poder y los mitos. "Yo soy el árbitro. Puedo decidir la cosa. Fragar los hechos. Inventar los aconteci-

mientos"; así hablaba el Supremo Dictador retratado por Roa Bastos, (Yo el Supremo, p.213). Aquel que podía decirse a sí mismo, anticipándose a los efectos de todo autoritarismo: "Lápida será mi ausencia sobre este pueblo que tendrá que seguir respirando bajo ella sin haber muerto por no haber podido nacer" (p.18). Es esta la época, según escribió Octavio Paz, donde "el caudillismo (es) concebido como el remedio heroico contra la inestabilidad". Donde la cultura autoritaria se asienta en los símbolos del Padre y se identifica con la domesticación de un pueblo; educación de la barbarie; acceso a la humanidad. Como señala el "Diario de un ^{viajero} Norteamericano" de paso por Chile (septiembre de 1918): "Confieso que jamás hasta ahora había podido formarme una idea cabal de la mansa y degradante sumisión a que el despotismo y la ignorancia unidos pueden reducir al género humano". (Viajes Relativos a Chile, volumen ordenado por G.Feliú Cruz, tomo II, p.73, 1962).

Ya a comienzos del presente siglo, esa cultura autoritaria se ha modernizado. El Patriarca ha sido reemplazado por el Primer Magistrado del Recurso del Método; la novela de Carpentier. Corresponde esta fase de la cultura autoritaria, como señala el propio dictador a Peralta, al momento en que "nos estamos haciendo gente"; o sea, en que la cercanía con

el pensamiento europeo, el iluminismo educativo y un Estado organizado parecen abrir un nuevo horizonte de progreso.

Mas, en realidad, todos estos son nada más que antecedentes lejanos de la cultura autoritaria contemporánea de nuestra América. Esta otra, la actual, la de ayer no más, la de hoy, quizás todavía la de mañana, es esencialmente una cultura de base urbana, moderna en su diseño, de economías dependientes pero que se desarrollan abiertas al exterior y compenetradas con el Estado; son una respuesta a la política de masas y a los otros caudillismos, más recientes, los populistas; o una reacción frente a democracias que supuestamente se habían vuelto ingobernables.

El carácter reactivo de la nueva cultura autoritaria

De entrada pues, el autoritarismo contemporáneo es una reacción que ocurre dentro de un contexto de masas. Esto cambia sustancialmente su naturaleza. Se las tiene que ver, en todas partes, con alguna versión de la "ingobernabilidad"; esto es, la dificultad de transitar desde un esquema reducido de dominación hacia uno que posea capacidad integrativa y suficiente complejidad como para hacer frente a la multiplicación y diferenciación de las presiones y demandas que se hacen valer frente al Estado.

En el plano cultural, dicha "ingobernabilidad" se presentó habitualmente como una erosión del orden de las seguridades cotidianas y como una disolución de las formas establecidas de comunicación jerárquica, que arrastraron tras de sí, en el mismo torbellino, valores consagrados, modos de deferencia y sumisión, la legitimidad de las distinciones sociales, ideas de moralidad y sentimientos de distancia; en fin, todo - aquello que había hecho posible la "invisibilidad" de las masas y su disciplinamiento durante la primera mitad del presente siglo.

La noción de una "amenaza" no fue, de hecho, una percepción puramente política, si acaso eso existe. Fue un complicado dispositivo cultural que mezcló varias rupturas y sus efectos hasta resultar en la respuesta frente a lo que se percibía como una completa desorganización de los patrones de dominación, que desataba nuevas expectativas y sus pasiones asociadas entre todos los grupos sociales, las diversas generaciones, hombres y mujeres, habitantes del campo y las ciudades, sectores educados y no educados, en las metrópolis y las regiones.

Las ideologías se volvieron entonces --en ese desorden de seguridades amenazadas y pasiones amenazantes-- más exten-

... sos, pudiendo aprovechar medios de comunicación de mayor alcance, sino, sobre todo, porque podían recoger las expectativas libradas por la erosión de los viejos modos de dominación y encauzarlas en una u otra dirección.

El lenguaje de la revolución, con sus prácticas de "focos", "poder dual", "guerras de liberación", "luchas campesinas", "cordones industriales", amenazó por un momento -- menos de veinte años -- convertir esa energía de expectativas libremente flotantes en una propuesta que por su radicalidad llenó de fantasmas casi todo el horizonte de América Latina, aunque su eficacia fuese reducida y su destino casi siempre trágico. Desde acá, la intelligentzia europea aplaudió y justificó, en lo que fue tal vez su último sueño del siglo por ver realizada la utopía en tierras exóticas.

La cultura autoritaria se alimentó de esa "amenaza"; allí fundó, por reacción, su imaginario acosado y su voluntad de extirpar las condiciones que habían llevado a esa activación de las masas y a la radicalización (real o aparente) de sus vanguardias. La continuación de la política por la guerra fue percibida, entonces, como un desplazamiento casi natural, en todo caso normal, por quienes habían perdido el control del gobierno sobre las masas, precisamente, en el terreno de la política.

La lógica utópica de la represión

En realidad, las varias "guerras sucias" que inauguraron las experiencias autoritarias en el continente tenían un contenido esencial de desactivación de las masas y de eliminación de quienes habían pretendido jugar el papel de sus vanguardias. La represión puede entenderse, en tal sentido, como una guerra contra la política justificada en nombre de los excesos y desbordes de ésta, o sea, su "amenaza"; de allí su continuo sobrepasarse por encima de los límites de una guerra convencional. Pues el enemigo, en este caso, no era definitivo ni precisable.

La ideología de la seguridad nacional en cuyo nombre se libró, esta guerra, supuso siempre un "enemigo interno" sin fronteras, que operaba por todos lados, metiéndose en medio de las instituciones, presente en las universidades, los sindicatos, la iglesia, entre los intelectuales y en las poblaciones marginales, dentro de los partidos y, en todo lugar, en los símbolos de la política. La metáfora de la "sociedad enferma", del "cáncer corrosivo del marxismo" y de un enemigo infiltrado en las propias relaciones sociales locales pero a la vez íntegramente internacionalizado, daba cuenta con exactitud del sentido de esta guerra contra los

"espíritus de la política" que habían infiltrado el cuerpo de la nación y dislocado las expectativas de las masas.

La represión fue entendida por eso por sus ejecutantes y justificadores como el inicio de un gran proceso de reordenamiento y disciplinamiento de la sociedad. Se trataba, en breve, de matar la política. De organizar la sociedad de masas introduciendo nuevos principios de jerarquía, formas eficaces de exclusión, técnicas de control adecuadas, maneras de vigilar y castigar ajustadas a las nuevas circunstancias; poniendo entre paréntesis las reservas morales y los instrumentos legales propios de un Estado de derecho y de la ideología liberal.

La represión creaba así su espacio de excepción --un Estado de Emergencia permanente dotado con facultades extraordinarias-- a fin de poder operar el gran proceso de "purificación" y reorganización de la sociedad.

El carácter transformador del autoritarismo

Dispositivo negativo del poder autoritario, la represión no agotó sin embargo las varias dimensiones de aquél, cuyo momento constructivo o "positivo" se expresó en un proyecto de refundación cultural, sustentado por alguna variante de un modelo de desarrollo económico que ponía énfasis, para usar

la terminología de Hirschman, en la función de acumulación o empresarial antes que en la función distributiva y de reforma social.

En todas partes, me parece, dicho proyecto de refundación cultural tuvo una misma orientación básica: suprimir o acotar rigurosamente la política como modelo de acción colectiva y su sustitución por el gobierno de las decisiones tecnocráticas; el encuadramiento de las masas por la operación combinada del Estado represivo y la individualización y segmentación de las demandas en el mercado; y el fomento a la negociación corporativa directa, especialmente con los sectores de apoyo del régimen.

La tecnocratización de las funciones de gobierno encontró su soporte institucional en la articulación entre las nuevas burocracias estatales y las burocracias militares, dando lugar a una ideología de doble cara: una neo-liberal, que desconfía del sentido de comunidad, de las relaciones solidarias e impulsa un proyecto de racionalización basado en el privatismo; y otra de seguridad nacional, que pone énfasis en la modernización estatal, en la administración con vistas a un objetivo nacional y en la disciplina social.

La proyección en la sociedad de esta forma de legitimar el

gobierno por medio de un supuesto conocimiento técnico supuso un vasto operativo de reorganización de las demandas y expectativas, a fin de desactivar la política y suprimir su capacidad de incidir en las decisiones mediante reclamos de representatividad, exigencias de distribución de beneficios y el predominio del cálculo basado en una racionalidad comunicativa antes que puramente técnico-instrumental.

La multiplicación por doquier de las relaciones de mercado (incluso bajo la forma de inserción a través de un sector "informal" de la economía) y la extensión otorgada a los dispositivos de disciplinamiento sirvieron a ese efecto, promoviendo una nueva relación entre la sociedad y el Estado; entre los gobernados y los gobernantes; entre los individuos y el consumo, y entre aquellos y sus expresiones colectivas. Más que las tradicionales organizaciones (sindicales, gremiales, vecinales, etc.) adquieren importancia bajo el autoritarismo los nuevos "movimientos sociales"; modos de acción colectiva en torno a intereses locales, relativamente coyunturales y ajenos al juego de la política representativa y a la influencia de los partidos.

Un conformismo inestable

Puede decirse que, en cuanto cultura política, el autoritarismo generó una suerte de adaptación operante que, mientras perduraron este tipo de regímenes, inmovilizó la política de masas, disminuyó las resistencias frente a ellos y produjo una suerte de "conformismo" pasivo como principal rasgo de esa cultura.

Quiero decir con esto que esos regímenes se legitimaron de hecho; dieron una nueva estructuración a las expectativas colectivas e individuales; produjeron una reducción de los umbrales comunicativos en la sociedad; lograron "enfriarlas" ideológicamente; favorecieron la aparición de nuevos circuitos de poder en los ámbitos civil y militar, y redujeron los límites del imaginario social, excluyendo temporalmente de su horizonte, o casi, las alternativas de cambio y la simbología y los lenguajes asociados a ellas.

En este preciso sentido puede decirse que se desarrolló en algunas partes de América Latina, a lo largo de las últimas dos décadas, una nueva forma de cultura autoritaria que ya nada tiene que ver con aquella de los Patriarcas o Dictadores Supremos ni con aquella otra de los caudillos populistas. Cultura de la desmovilización y del disciplinamiento de las

masas; de las tácticas adaptativas y de las estrategias de movilidad individual; del temor o el mero conformismo; del distanciamiento respecto de la política y el enfriamiento de las ideologías.

Cultura de masas que gira intensamente en torno a la industria cultural, industria de producción de "ideologías livianas". Donde más se busca las identificaciones afectivas y las proyecciones del propio yo en un mundo de imágenes y estilos, antes que la comunicación de contenidos cognitivos, propuestas de acción y proyectos de transformación. Cultura de la heterogeneidad; de la internacionalización a partir de los localismos parroquiales; de la difusión de motivos privados y de transmutación de lo público en espectáculo del hogar.

En fin, es a partir de esta situación cultural --condicionada por el autoritarismo y sus legados-- que necesitamos abordar los desafíos de la democracia y la elaboración de una cultura democrática de masas.

Las difíciles condiciones de la democracia en América Latina

Es probable que para emprender esta reflexión y, mucho más importante, para desarrollar la democracia en América Latina sea necesario, como escribió hace un tiempo Albert Hirshman,

escoger el pesimismo como nuestro punto de partida. (Zona Abierta, n.39/40, 1986).

Puede argumentarse, en efecto, que las condiciones económicas no son favorables para el establecimiento de un sistema político que supondría el consenso, la participación razonada y grados relativamente altos de integración social. En cambio, en América Latina la proporción de los sectores sociales excluidos es significativa; las tasas de desempleo son altas; la población que vive en condiciones de extrema pobreza es numerosa; la distribución del ingreso es inequitativa, con un 40% de los más pobres que en 1975 participaban con sólo un 8% del ingreso total.

Además, como señalan reiteradamente los documentos de la CEPAL, América Latina ingresó en 1981 en la más profunda y grave crisis que haya experimentado en el presente siglo. Entre ese último año y 1985, el producto bruto por persona cae en alrededor de -2% anual; los precios al consumidor aumentaban al 157% como promedio anual para la región y las tasas de desempleo se incrementaban aceleradamente. En ese mismo período América Latina estaba transfiriendo alrededor de 26 billones anuales de dólares como efecto neto de la crisis de la deuda externa; lo que equivale a 7 veces el total de lo gastado anualmente por la región en investigación

y desarrollo científico y tecnológico.

Luego, parece evidente que las oportunidades para la democracia y su consolidación no son las más favorables en América Latina actualmente. Por el contrario, el desafío es enorme: avanzar en o hacia la democracia al borde mismo del abismo de la deuda externa; con enormes presiones de demanda de los sectores más pobres; sorteando los efectos desestabilizadores de la inflación; intentando introducir medidas de redistribución del ingreso; atendiendo, con un Estado desfinanciado y por lo general dotado de una maquinaria pesada e ineficaz, los requerimientos de seguridad y bienestar de la población; a la par que se busca desarrollar unas economías competitivas, que exporten, compensen la caída de los precios del intercambio y, además, introduzcan las innovaciones requeridas para no quedar definitivamente fuera de los actuales ajustes y cambios que experimenta el mundo de las llamadas "economías de mercado".

En estas condiciones, las cuestiones del desarrollo de una cultura democrática o se dejan caer como preocupación, por parecer demasiado sutiles y poco atendibles en el corto plazo; o se les aborda como un asunto que tendría que ver, exclusivamente, con la consolidación de un sistema competitivo de partidos que haga posible la alternancia de los gobier-

nantes.

De hecho, sin embargo, los problemas planteados por nuestro legado autoritario, por las condiciones estructurales de la economía y por la actual coyuntura de crisis, sugieren que los desafíos para el desarrollo de una cultura democrática -- en medio de condiciones tan adversas-- son mucho más variados y urgentes. Permítanme pues en la última parte de mi exposición señalar algunos de esos desafíos y resaltar su importancia para el futuro de la democracia en América Latina.

Crear una cultura de la producción y la eficiencia

Pienso, para partir por lo más serio, que tienen razón aquellos que sostienen que la democracia no juega su destino, única o necesariamente, en el plano de su rendimiento económico. Pero, en el plazo mediano, no parece posible que se desarrolle en América Latina una cultura democrática sólida sin que las instituciones económicas, públicas y privadas, adquieran legitimidad por su eficacia, su capacidad de renovarse e innovar, y su incidencia en las reformas necesarias para generar crecimiento, empleo y una mejor distribución del ingreso que vaya unido a una real disminución de la pobreza.

De hecho, tanto el Estado como el mercado son cuestionados hoy día en América Latina en cuanto instituciones económicas capaces de cumplir esos cometidos. Es efectivo que se percibe todavía, en muchas partes, el predominio de una cultura política "estatalista", pero se reclama de la ineficacia de las empresas públicas, se reconoce que el Estado Benefactor populista no es una solución ni es viable, y que la administración centralizada de la economía no asegura ni el crecimiento ni menos aún la innovación.

Por otra parte, los intentos "privatizadores" impulsados por el neo-liberalismo aparecen confundidos en la conciencia de muchos, frecuentemente con toda razón, con el ejercicio autoritario del poder, con una rápida desnacionalización de las economías de la región y con una concentración todavía mayor de la riqueza y el poder.

El desarrollo y la profundización de una cultura democrática requiere pues, en América Latina, asociarse al desarrollo de una cultura de la producción y la eficacia, de la concertación y la competencia, de la apertura al exterior y de la valoración del patrimonio nacional y el mercado interno. Las expectativas de un desarrollo cultural en tal dirección son escasas seguramente, por el peso de la cultura autoritaria, las tradiciones conservadoras, la preferencia por los arre-

glos corporativos, la subvaloración de la función empresarial, el difundido desprecio por la técnica, las orientaciones eticistas --esteticistas incluso-- de la política, y la amplia socialización en patrones cada vez más orientados hacia el consumo.

Entre las élites tecnocráticas, por su lado, tiende a predominar una concepción de la modernidad que ya bien la confunde con una internacionalización completa de nuestros países -- que habrían de convertirse en algo así como la sala de tránsito de un aeropuerto por donde fluyen los capitales, las ideas y los productos-- o, por el contrario, aspiran a convertirla en el resultado forzado de la intervención estatal, cuyo manejo en manos de un cuerpo de expertos ilustrados y benevolentos aseguraría, por sí solo, un incremento de la riqueza, un aumento de la solidaridad social y un esquema más justo de distribución de los beneficios.

Desarrollar una cultura de la autoridad responsable

Una de las peores consecuencias que el legado de un largo autoritarismo prolonga en las sociedades es la noción y el ejercicio de autoridades ilegítimas e irresponsables. La autoridad del Caudillo era, antes que todo, carismática e infundía temor y magia entre las masas que apenas participaban de los ritos del poder. La autoridad dentro de los regí-

menes de fuerza contemporáneos ha sido, en cambio, burocrática y profesional, represiva y disciplinaria, basada en ideologías y sujeta a la racionalidad de un poder incontrarrestable e incontrolable. Su efecto fue la despolitización, la desactivación, el cinismo frente a la violencia, la creencia de que el uso del poder se confunde con la fuerza y que entre la crítica y la corrupción conviene elegir esta última.

La posibilidad de una cultura democrática gira por eso mismo, en gran medida, en torno a un profundo desplazamiento de esas percepciones del poder y el desarrollo de una noción de autoridad legítima a la que cabe exigir eficacia en el cumplimiento de sus mandatos, rendimiento en su esfera de acción, y sometimiento al control y el escrutinio públicos, según procedimientos consagrados y aceptados por todos. Esto vale, por igual, para las FFAA y la autoridad ejercida por el Presidente, para el Parlamento y las autoridades universitarias, para los dirigentes sindicales y las máquinas partidarias.

Se confunde todavía en América Latina, muchas veces, la autoridad de la democracia con el ejercicio de la retórica en asambleas interminables; la participación en las decisiones con la incompetencia para formularlas y aplicarlas; la representatividad de las autoridades con su incuestionabilidad; la

legitimidad con la capacidad de repartir beneficios y crear redes clientelares; la gobernabilidad con la ineficacia para introducir cambios; el consenso con la parálisis; y el respeto por los poderes fácticos con el realismo o un pragmatismo ramplón.

La peculiaridad de la democracia en América Latina, si ella ha de subsistir y fortalecerse, consistirá precisamente en dotarse de mecanismos de autoridad que combinen la legitimidad con la eficacia para introducir cambios, y la participación con la necesidad de producir decisiones oportunas y no necesariamente del gusto de todos, aún cuando se trate de direcciones partidarias, poderes sindicales, monopolios profesionales o intereses corporativos.

Integrar élites y masas en una común cultura democrática

Es sabido que la política latinoamericana se representa, muchas veces, como un espectáculo donde encima del escenario actúa una clase dirigente sofisticada y cosmopolita, entretijada por redes de favores intercambiados y de sensibilidades compartidas, mientras detrás del proscenio continúa la vida cotidiana de las masas ciudadanas que trabajan; a veces interrumpen el diálogo o las riñas de la clase política; celebran los ritos de la televisión; sobreviven, en fin, y

se ocupan de sus asuntos privados. Este último sería el país real. Aquel otro, un fenómeno para ser estudiado por los periodistas europeos o los científicos políticos norteamericanos.

Esta imagen simplificada, secretamente cargada de connotaciones antipolíticas y del romanticismo de lo exótico, fuera de ser esquemática distorsiona la realidad más real de nuestros países. Deja de lado, por de pronto, el peso de las instituciones --las FFAA y la Iglesia, para nombrar sólo a dos que son decisivas--; la diferenciación de las élites y la fragmentación y segmentación de las masas; el dinamismo de la industria cultural que produce --y difunde hasta los más apartados rincones-- sus "ideologías livianas"; y, más decisivo que todo lo anterior, las discontinuidades y reacomodos de clases, regionales y generacionales en países que han experimentado grandes transformaciones durante más de tres décadas y que ahora, además, se encuentran sujetas a los ritmos oscilantes de una crisis que vuelve a alterar todo el cuadro de expectativas y motivaciones.

El desafío que tenemos por delante no consiste pues en cómo reducir las distancias entre un falso país real --el de la gente que trabaja y no se interesa por la política-- y un artificial escenario de la política --actores que competirían entre sí por las influencias y el poder con total desapego

del resto de la sociedad--; sino en cómo integrar la enorme heterogeneidad en que consisten nuestras sociedades dentro de una común cultura política democrática.

Entre nosotros, por tanto, la cuestión es menos una de "pluralismo ideológico", condición en todo caso de una democracia operante, que una de articulación y expresión, en una cultura común, de esa enorme heterogeneidad. En eso, me imagino, consistiría una cultura democrática en sociedades que han alcanzado una "situación de masas" sin haber transitado previamente por una serie de "situaciones de integración" provistas por la economía, por la política y por la cultura.

Se trataría, entonces, de una cultura que necesitaría aprender a convivir con altos grados de conflicto, incluso en cuanto a valores básicos; que por eso mismo necesitaría desarrollar formas y procedimientos para resolver, siempre de maneras relativamente inestables, esos conflictos; que admitiría la incertidumbre y la fluidez resultante del interjuego de esas heterogeneidades; que valorizaría fuertemente la innovación como un modo de mantener abiertos los canales de integración y reintegración de la sociedad; que aspiraría a secularizar continuamente la política como modo de reducir las opciones finalistas en torno a modelos valóricos ab-

solutizados; que debiera tolerar y estimular la ambigüedad, la "contaminación" entre posiciones diversas, la redefinición de identidades y el pesimismo de la razón combinado con el optimismo de la voluntad.

En ausencia de una cultura democrática así entendida, por necesidad diferente entonces de aquella que nos proporcionan los modelos del norte y de la ciencia política --con su énfasis en valores, en la integración, en una relativa homogeneidad nacional, en consensos fundamentales, en la inercia de los procedimientos y el predominio de una tradición cívica-- lo único que cabe esperar es la cíclica reaparición de los "espíritus del autoritarismo" que pueblan nuestro imaginario colectivo, que rondan nuestro pasado, son la reserva de nuestra memoria y el alma oculta tras nuestras utopías, "reaccionarias" o "progresistas". Aquellos espíritus que pueden convertirnos siempre, según las circunstancias, en perseguidos o perseguidores; en víctimas o verdugos.

La democracia, en cambio, parafraseando a un autor inactual, no nos proporcionará de seguro un mundo "en el que ya no se matase (¡no estamos tan locos como para aspirar a eso!) sino en que el crimen no estuviese legitimado. (...) Pues precisamente vivimos en un mundo en el que está legitimado el crimen, y tenemos que cambiarlo si, en efecto, no lo queremos" (Albert Camus).

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010